

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

GALENDE, P. G., *Martín de Rada OSA. (1533-1578) Abad Frustrado, Misionero y Embajador Real*. Arnoldus Press, Manila 1980, 23 x 15, 304 p.

Se trata de la biografía de un ilustre navarro, que fue uno de los primeros evangelizadores de las Islas Filipinas. Aunque existían diversos artículos y fuentes documentales, no había un estudio completo, dedicado a Fray Martín de Rada, donde se hiciese ver la trayectoria completa de uno de los principales forjadores de la cristiandad en Filipinas y en otras regiones del Oriente, como China, Borneo, etc.

En 32 capítulos aparece la vida de este polifacético agustino con sus antecedentes familiares, sus estudios e ingreso en la Orden de S. Agustín, iniciándose una serie de aventuras desde su viaje a Méjico en 1557 hasta su última singladura a la isla de Borneo en 1578. Durante su estancia en Méjico conoció de cerca al P. Alonso de Veracruz, que había sido profesor en Salamanca y fue uno de los oráculos de su tiempo en Nueva España y otras partes de las Indias Orientales y Occidentales. Justificó el derecho de conquista para evangelizar y resolvió no pocos problemas difíciles como los referentes a las encomiendas, los privilegios de los misioneros, el matrimonio de los indios, etc. En esta biografía se abordan algunas de estas materias y otras, sobre las que mantuvieron una correspondencia los PP. Rada y Veracruz, acudiendo a los principios del Derecho natural y la doctrina moral de la escolástica, a la colaboración de la Iglesia y el estado o al llamado Agustínismo Político, al defender los derechos del hombre, como era su libertad, el derecho a la propiedad, recta justicia, formación cultural, etc. Esto aparece por ejemplo en *Avisos sobre los confesores de encomenderos* (pp. 281-282) que coinciden con la famosa *Instrucción para confesores* de Fray Alonso de Veracruz, lo que no se hace ver en este libro, aunque sí su intercambio de pareceres e información, como sucede en dos cartas del P. Rada del 15 y 16 de junio de 1577, editadas anteriormente por el P. Isacio Rodríguez en el vol. XIV de su obra: *Historia de la Provincia Agustiniense del Smo. Nombre de Jesús de Filipinas*, donde se recogen los escritos de Fray Martín de Rada, Madrid 1979, pp. 472-494.

Al clarificarse la egregia figura de Rada, como misionero, embajador y cosmógrafo, se constata su capacidad interpretativa, audacia, tenacidad y sensibilidad social, junto con otras virtudes religiosas, apareciendo un poco inferior a Urdaneta, como pionero de la expedición al lado de Legazpi, y superior en su tenacidad como misionero durante 13 años de apostolado, hasta su muerte en 1578, probablemente de fiebres palúdicas. Se preocupó por las lenguas indígenas haciendo un trasvase de culturas. Se dan datos interesantes, que pueden ser aprovechados en otros estudios. Lamentablemente carece de índices analíticos para facilitar su consulta. Está bien escrito y tiene buena presentación.— F. Campo.

HERMOSILLA, Víctor, OAR, *Monasterio de San Millán de la Cogolla. Un siglo de historia agustiniana, 1878-1978*. Roma 1983, pp. XII-460 (=Publicaciones del Institutum Historicum Augustinianorum Recollectorum. Serie 2: Subsidia, 2).

El P. Víctor Hermosilla ilustra en este amplio volumen la presencia ya centenaria de los Agustinos Recoletos en el histórico cenobio benedictino de San Millán de la Cogolla, conocido también con el nombre de «El Escorial de la Rioja». Se trata de un estudio amplio, detallado y completo, articulado en 23 capítulos, complementado por las normales presentación, bibliografía y elenco de siglas al principio, y por el índice de nombres al final del volumen.

Un libro adornado con una docena de láminas en blanco y negro en papel satinado, con ilustraciones del monasterio, de algunos de sus tesoros más famosos, con fotografías de religiosos especialmente relacionados con el monasterio en este último siglo, y con fotos-recuerdo de grupos o de personajes presentes en el monasterio en fechas señaladas durante el período ilustrado.

La distribución del material está bien articulada y procede al mismo tiempo según criterios cronológicos pero también temáticos. La narración se desarrolla serenamente y todo el discurso expositivo está ampliamente complementado con documentos que el autor ha juzgado especialmente interesantes como para transcribirlos literalmente en todo o en parte. Por lo demás el relato histórico descansa sobre documentación archivística o bibliográfica que el autor va citando constantemente al pie de página.

Hemos leído todo el libro con gusto; algunos capítulos nos han resultado especialmente atractivos, como los cuatro primeros en que se introduce el tema de los orígenes del monasterio, su supresión en el siglo pasado, su adquisición por los Agustinos Recoletos y la instación de los mismos en él; igualmente los capítulos dedicados a los famosos marfiles del s. XI (su intento de robo, su incautación por el gobierno republicano, su devolución después de la guerra civil española); los capítulos dedicados a la biblioteca y archivo del monasterio, a las Glosas emilianenses, al centenario de la lengua castellana, etc.

Felicitemos al autor y al Instituto histórico de los Agustinos Recoletos de Roma (cuya revista *Recollectio* había ofrecido este trabajo por entregas, vol. II-V) y a la historiografía agustiniano-recoleta, que refuerza así su decisión a ilustrar su propio pasado.— C. Alonso.

GUTIÉRREZ ALONSO, A., *Valladolid en el siglo XVII*. Ed. Ateneo de Valladolid, Valladolid 1982, 21 x 16, 302 p.

El siglo XVII se inicia en Europa con la todavía hegemonía española y termina con la pérdida de la misma, que pasará a Francia en el reinado de Luis XIV.

A mediados de siglo, la nota más destacada es «La Paz de Westfalia», que estableció el equilibrio entre las grandes potencias y supuso el triunfo del protestantismo en cuanto que tuvo los mismos derechos de expansión por Europa que el catolicismo.

En cuanto a España se refiere, a pesar de las grandes bancarrotas y de su gran decadencia política, seguía siendo el imperio más grande del mundo. Era algo así como un gran gigante que se estaba desangrando y sus monarcas —los Austrias menores— unos reyes que iban perdiendo sus dominios a marchas forzadas.

Pues bien; en esta crisis política, que ocultaba la económica y financiera, mucho más grave y profunda, se vio implicada la ciudad de Valladolid, centro de Castilla la Vieja.

Es verdad que a principios de siglo, Valladolid experimentó una etapa brillante, como resultado de la estancia de la Corte en esta ciudad. Pero este paréntesis de grandeza desapareció muy pronto y con la misma facilidad con que había llegado. De tal modo, que a partir de 1607, Valladolid, abandonada a sus propias fuerzas, sincronizó su andadura con el resto de las ciudades castellanas.

Y esto es, precisamente, lo que nos quieren ofrecer este grupo de profesores universitarios que se llaman Adriano Gutiérrez Alonso, Juan José Martín González, Jesús Urrea, Lorenzo Rubio y M^a. Antonia Virgili Blanquet, estudiando —cada uno de ellos— la parcela de su especialidad.

Es, por eso, un libro que resume muy bien la historia política, económica, cultural y artística del Valladolid del siglo XVII, faltando, acaso, la faceta religiosa que también fue muy interesante.

El libro ha sido editado por el Ateneo de Valladolid y hace el volumen IV de la historia pinziana, con la subvención del Ministerio de Cultura y la Institución Cultural de Simancas.

Magníficamente impreso, viene ilustrado con fotografías de personajes célebres del momento, paisajes y edificios de la ciudad, que han sido facilitadas por el Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Valladolid.— T. Aparicio López.

UÑA JUÁREZ, O., *Mediodía de Angélica*. Imp. Gráficas J.C.J., S.A., Guadalajara 1983, 23 x 15, 140 p.

Un nuevo libro de poesía de Octavio Uña Juárez. Una antología poética, lírica, amorosa, que lleva el romántico título de *Mediodía de Angélica*.

El autor se lo dedica a sus alumnos, en el ciento cincuenta aniversario de la muerte de Goethe, cantor de la belleza y del amor y en quien dijo Nietzsche haber visto la majestad del genio.

Decir que Octavio Uña es todo un poeta, no significa ya decir nada, puesto que ha quedado demostrado —y yo lo he dicho en otras recensiones de libros suyos— que es una de las voces poéticas más significativas del actual momento. Ahora se trata de irle analizando y buscando el matiz, la línea, la idea concreta de cada parto nuevo suyo.

Le conocíamos ya por *Escritura en el agua*, que era como una encendida esperanza; por *Edades de la tierra*, «pulso de un poeta de amplia y sólida formación intelectual»; por *Antemural*, libro que ahonda en la «pasión de juventud» del poeta, que es su Castilla amada; por *Usura es la memoria*, una nueva navegación sobre mares ya transitados...

Ahora volvemos a encontrarnos con el poeta de Brime de Sog, para que nos hable de lo más íntimo y amoroso que habita en su corazón.

Porque *Mediodía de Angélica* es eso: el intimismo amoroso, elevado a categoría estética; el complemento de *Castilla, plaza mayor de soledades*. Sus poemas son espigas doradas y escogidas del campo fecundo, en el que el poeta fue arrojando, desde la ya lejana fecha de 1976, la semilla viva y vital, ardiente y fecunda, con el deseo de hacerse un día fruto maduro.

El libro es una selección de poemas, que el propio Octavio ha hecho, y en el que nos ofrece —siempre en afanes de buen espigador— lo que «Angélica» —¿es su Zamora natal?... ¿es acaso su Castilla maltratada?— quiere ser y significa en su vida de trovador —trovador y no juglar—, tierno y recio a la vez, y en su andadura poética.

Con Leopoldo de Luis —también yo lector asiduo de los libros de Octavio Uña—, diría que lo mejor de *Mediodía de Angélica* es el acierto con que ha sabido expresar su concepción del quehacer poético, esa concentración de esencias y matices que van a constituir el poema mismo: miel y cera, miel y luz, palabra y amor, palabra y amor que es POESÍA.— T. Aparicio López.

APARICIO LÓPEZ, Teófilo, *Una trilogía de ensayos de literatura*

— *Veinte novelistas españoles contemporáneos*

— *El «Boom» americano*

— *Trece premios Nobel de literatura y otros ensayos*

Ed. Estudio Agustiniiano, Valladolid.

Teófilo Aparicio López, sacerdote y religioso agustino, cuenta en la actualidad 58 años de edad. Está, pues, en ese momento en que empieza a mirar las cosas por segunda vez y haciendo nuevas preguntas —desde la madurez— a la vida.

Nació en tierras del Cid y más concretamente —como él suele decir— «a una legua» del pueblo donde nació Juan Martín Díez, «El Empecinado».

Cursó sus Estudios Eclesiásticos en el Estudio Teológico Agustiniiano de Valladolid, afiliado a la Universidad de Comillas. Hizo periodismo, después, en la Escuela Oficial de Madrid, y Filosofía y Letras en la Universidad de Valladolid, donde se doctoró en la rama de Historias.

Tiene publicadas, tanto su tesina fin de carrera: *La persecución religiosa, la Orden de San Agustín y la Independencia de Filipinas*; como su tesis doctoral: *La Orden de San Agustín en la India*, tesis que hizo becado por la Institución «Juan March».

Es autor de varias *biografías* sobre personajes de la Orden religiosa a que pertenece.

Es profesor numerario del citado Estudio Teológico Agustiniiano, en el que imparte clases de *Historia de la Iglesia e Historia de las Religiones*; como, asimismo, en un colegio de Segunda Enseñanza, en el que da clases de su especialidad.

Diplomado dos veces por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, tiene en su haber otros premios y diplomas.

«Hombre de diversas dotaciones, incansable en el estudio y en la investigación histórica y biográfica —ha dicho de él el P. Félix García—, además de periodista fecundo, de expositor de temas religiosos y morales y profesor universitario, es, ante todo, una vocación literaria penetrante y lúcida, que se ha ejercitado de modo preferente en el campo de la crítica y de la exégesis e interpretación de temas literarios, para lo que está singularmente capacitado, porque es un estudioso contumaz».

Y el poeta castellano Octavio Uña Juárez dirá, también: «En él se armonizan felizmente sus dones de poeta y de historiador. Y ello, con llaneza, castellanamente, casi sin curvas. También con agilidad; alfarero atento a sus tornos; poseedor del animador secreto de sus criaturas. Desde la región de las distancias, sin imponer la mano, el taxativo oráculo o el fármaco excesivo a sus artesañas. Libre, como ave que en la amplia región del aire luz bebe y acumula con su giro de gracia. Mansa, amorosamente, con emocionado conocimiento: oficio tan propio y escondida senda del poeta. Así, el texto estético es levantado a amplios universos de sugerencia, casi recreación, casi «nacimiento último».

VIZCAÍNO, Pío de Luis, *Los hechos de Jesús en la predicación de san Agustín*. La retórica clásica al servicio de la exégesis patristica. Ed. Estudio Agustiniiano, Valladolid 1983, 24 x 17, 292 p.

Los hechos de Jesús tienen un valor intrínseco dentro de la fe cristiana y ocupan un amplio espacio en los relatos evangélicos; por otra parte, en proporción directa con la importancia que los cristianos les atribuían, se halla la resistencia que paganos, judíos y otros grupos religiosos les oponían. Ellos constituyeron el principal lugar de choque entre el cristianismo y las demás fuerzas religiosas que le fueron hostiles.

De una y otra cosa se desprende el porqué de la amplitud que la consideración de los hechos del Señor ocupa en la predicación agustiniana. Agustín tenía que mostrar y, en su caso, previamente desentrañar ese valor intrínseco, el significado profundo y a veces misterioso de los mismos. Pero, con no menor frecuencia, tenía también que ocuparse de la defensa de los mismos evidenciando su posibilidad, su realidad, su «moralidad». Hablando de los hechos de Jesús, él tenía que mirar tanto a los de dentro como a los de fuera de la Iglesia.

Para Agustín, acercarse a los hechos de Jesús era acercarse a un texto escrito, lo cual significaba servirse de una metodología de interpretación que todo autor antiguo había aprendido en la escuela. Acercarse como predicador significaba, además, la posibilidad de poner en obra la amplia preceptística que los manuales de retórica habían acumulado para formar al orador perfecto. Agustín abandonó la profesión de *rethor*, pero se llevó consigo la retórica y de ella hizo abundante uso. El campo de la retórica es espacioso. Hasta ahora los estudiosos se han ocupado preferentemente de una de las cinco partes de la *orandi ratio*: la *elocutio*; el presente estudio, en cambio, ha optado por poner los métodos de la *inventio* en el centro de sus intereses. Se dejan de lado los

aspectos formales externos para intentar detectar los esquemas mentales que están en la base de su actuar, directa o indirectamente procedentes del mundo de la retórica. Son examinados al compás de los distintos aspectos que Agustín considera en los hechos y que constituyen los capítulos del libro: los hechos, hechos narrados y expuestos, hechos verdaderos y creíbles, el autor de los hechos, hechos deliberados, hechos con un significado y hechos útiles. Tales son las direcciones que, frente a ellos, suele tomar la mente de Agustín, pasando de una a otra según los distintos hechos y según las circunstancias tanto del predicador como de los oyentes.

Al final del estudio, y limitado al campo elegido, aparece claro una vez más, pero desde otro aspecto, cómo Agustín quedó marcado en su forma de actuar por la escuela que lo había formado. Una formación que se descubre muy profunda y asimilada y personalizada, como cabía esperarse de su genio; que se manifiesta más allá de una terminología técnica, sin abandonarla del todo, y que se concreta en el repetirse constante de una serie de procedimientos, sin que tengan nada que decir al respecto las distintas épocas de la actividad del santo. El influjo de la retórica, por penetrar tan profundamente en los espíritus, requería ser estudiado desde este punto de vista, liberando a los estudios de los esquemas tradicionales que poca novedad pueden aportar.

Aunque el estudio no pueda ser calificado sin más de exegético, resulta iluminada también la exégesis del santo. Los problemas de la *fides* y del *intellectus* de la tradición eclesial fueron también suyos, sabiendo mantener, como característica propia, el equilibrio entre ellos. Aun dentro de ese equilibrio aunque sea quizá el segundo el que más resalta Agustín concede una prioridad al primer aspecto: el de la historicidad, que para él no es sólo la constatación de una realidad, sino también una exigencia que le viene de la necesidad de defensa frente a los de fuera y de la especificidad de la fe cristiana.